“Un grupo de publicanos y pecadores se sentaron con Jesús y sus discípulos” (Mc 2,15)

Felipe Santos, SDB

¡Cómo busca Jesús el encuentro, la comunión, la comida compartida! Se sienta a comer con los descreídos y su gesto provoca y altera. Leví, un excluido de Israel maltratado por las asperezas del camino, es acogido y confortado por la comprensión y el amor de Jesús. Desde entonces el gesto cristiano básico para entrar en comunión con Dios es una comida compartida por todos los creyentes, con presencia de pobres y marginados. Esa es la mejor memoria de Jesús.
Desea en el silencio del corazón el encuentro con Dios. Déjate amar por El. Siéntate a la mesa, como uno más, sin creerte mejor que los demás.

Uno de los rasgos más característicos de Jesús, con el que anticipa el reinado de Dios, es su hábito de comer con los pobres y pecadores; con este gesto Jesús manifiesta que los destinatarios predilectos de su misión salvífica y liberadora son los pobres, los marginados, los “mal vistos”

de la sociedad. Entre este grupo encontramos a Leví, funcionario público contratado por el Imperio Romano para cobrar impuestos a sus mismos paisanos; este trabajo lo convierte en una persona marginada, tanto social como religiosamente, y por lo tanto en pecador e impuro. Jesús lo llama, e, invitado a su mesa, lo hace partícipe de su misión, pues para eso ha venido. Con el llamado que hace Jesús a este recaudador de impuestos se rompen las barreras de la ley y se abre un horizonte universal de salvación, expresado en la figura del banquete, en el que todos estamos invitados a compartir; sin embargo, para ser verdadero partícipe de esta comida se necesita una actitud abierta al cambio de vida, dejar atrás nuestros deseos de poder y de autosuficiencia, el creernos “justos”, y seguir libremente el camino de la conversión, asumiendo los valores del reino como una manera nueva de existir.